

su presa, el cónsul Quincio convoca la asamblea del pueblo.

Allí fué donde pronunció el siguiente discurso: «Aunque no encuentro mancha alguna en mí, ¡oh romanos! con profundo rubor me presento en vuestra asamblea. Ya lo sabéis, la tradición conservará para nuestros descendientes el recuerdo de que los equos y los volscos, apenas iguales á los hérnicos, bajo el cuarto consulado de Quincio impunemente se han presentado armados bajo las murallas de Roma. Si hubiese sabido que estaba reservada tal ignominia á este año (aunque hace mucho tiempo que el estado de los negocios no permite prever nada bueno), el destierro ó la muerte, á falta de otro medio, me hubiesen preservado de la deshonra. Si hubiesen sido varones esforzados los que empuñaban esas armas que hemos visto ante las puertas, Roma habría sido tomada bajo mi consulado. ¿A quién se dirige el desprecio de esos cobardes enemigos? ¿A nosotros los cónsules, ó más bien á vosotros, romanos? Si en nosotros consiste la falta, arrancad esta autoridad de manos indignas, y si no basta, imponednos un castigo. Pero si la culpa es vuestra, que no os castiguen ni los dioses ni los hombres; basta que os arrepintáis. No; el enemigo no ha despreciado cobardes, no ha confiado en su valor. Tantas veces derrotado y puesto en fuga, despojado de sus campamentos y de sus tierras, despedido bajo el yugo, sabe conocerse y conocernos. La discordia que reina entre los diferentes órdenes, el encarnizamiento de los patricios y de los plebeyos, este es el veneno que nos mata. El deseo inmoderado de poder entre nosotros; entre vosotros el de libertad. Vuestra repugnancia por los magistrados patricios, la nuestra por los plebeyos, han inflamado su valor.

En nombre de los dioses, ¿qué queréis? ¿Habéis despedido tribunos del pueblo? hemos consentido en dároslos

por amor á la concordia. ¿Habéis querido decenviros? hemos soportado su creación. ¿Os cansasteis de los decenviros? les obligamos á que se despojases del cargo. ¿Vuestro odio les persiguió en la vida privada? hemos soportado la muerte ó el destierro de los varones más ilustres y distinguidos. ¿Quisisteis crear de nuevo tribunos del pueblo? los habéis creado. ¿Cónsules de vuestro orden? aunque esto nos pareció una injuria para los patricios, hemos visto dar al pueblo una magistratura patricia. Tenéis el apoyo del tribunado, la apelación al pueblo, plebiscitos obligatorios para los patricios; so pretexto de igualdad de las leyes, oprimís nuestros derechos; lo hemos soportado, lo soportamos. ¿Cuál será el término de nuestras disensiones? ¿Cuándo no tendremos más que una ciudad? ¿Cuándo será nuestra patria común? Nosotros, vencidos, sostenemos mejor la tranquilidad que vosotros, nuestros vencedores. ¿Os basta habéros hecho temibles para nosotros? Por odio á nosotros se ocupa el Aventino; por odio á nosotros se ocupa el monte Sacro. Las Esquilias casi han caído en poder del enemigo; los volscos han cruzado la calzada (1) y nadie les ha rechazado; contra nosotros sois hombres, contra nosotros estáis armados. Tened valor, y cuando hayáis sitiado aquí al Senado, cuando hayáis sembrado el odio en el Foro, cuando hayáis llenado las prisiones con los ciudadanos más eminentes, aprovechad ese ardor extraordinario y salid por la puerta Esquilina. Si todavía no os atrevéis á hacerlo, contemplad al menos desde lo alto de vuestras murallas vuestros campos devastados por el hierro y el fuego, contemplad cómo se llevan la presa y cómo humean las mansiones incendiadas. Pero solamente padece el Estado: incen-

(1) Subíase á las Esquilias por una calzada que mandó construir Tarquino el Soberbio.

edian nuestras campiñas, asedian nuestra ciudad, el honor de la guerra queda á nuestros enemigos. ¿Qué más? ¿En qué estado se encuentran vuestros intereses particulares? Pronto sabrá cada cuál las pérdidas que ha experimentado en la campaña. ¿Qué podréis obtener en cambio aquí? ¿Os traerán los tribunos lo que habéis perdido? Gritos y palabras cuantos queráis oír; acusaciones contra los más notables de la ciudad, leyes unas sobre otras y asambleas. Pero jamás ha conseguido ninguno de vosotros de esas asambleas ni la ventaja más pequeña para sus negocios, para su fortuna. ¿Cuál de vosotros ha llevado á su esposa y á sus hijos otra cosa que odios, rencores, enemistades públicas ó privadas, de las cuales no puede preservaros vuestro valor ó vuestra inocencia, y que necesitan socorros extraños? ¿A fe mía, cuando hacíais la guerra bajo nuestra dirección y no bajo la de los tribunos, en el campo y no en el Foro; cuando vuestros gritos eran el terror del enemigo en las batallas y no el de los senadores de Roma en asamblea; cargados de botín, dueños del campamento enemigo, repletos de riquezas y de gloria, de la del Estado y de la vuestra, regresabais triunfantes á vuestras casas, á vuestros penates; ahora dejáis marchar al enemigo cargado con vuestros despojos! Continúa adheridos á esta tribuna; pasad vuestra vida en el Foro! La necesidad de combatir os persigue á medida que huís de ella. ¿Era duro marchar contra los equos y los volscos? La guerra está á vuestras puertas. Si no la arrojáis, muy pronto la tendréis en vuestras murallas, subirá á la fortaleza, al Capitolio; os perseguirá en vuestras casas. Dos años hace que el Senado dispuso el alistamiento y decidió que el ejército marchase hacia el Algido; pero hemos permanecido tranquilamente aquí, disputando como mujeres, gozando de la tranquilidad presente, sin prever que de este reposo nacerían

muchas guerras. Bien sé que se os podrían decir cosas más agradables, pero es necesario sacrificar lo grato á lo verdadero, y si mi carácter no lo exigiese así, la necesidad me lo impondría. Querría en verdad complaceros, ¡oh romanos!; pero mejor es salvaros, cualesquiera que sean vuestros sentimientos respecto á mí. La naturaleza exige que quien habla á la multitud por su propio interés sea más agradable que aquel que sólo atiende al interés general, á menos que crea que esos aduladores públicos, esos cortesanos del pueblo que no quieren veros ni con armas ni tranquilos, os excitan, os impulsan hacia vuestros propios intereses. Ellos recojen el honor y el provecho de vuestras agitaciones. Como la buena armonía de los dos órdenes reduciría á la nada á esos hombres, prefieren un mal papel á la nulidad, y para ser algo se hacen jefes de tumultos y sediciones. Si al fin podéis disgustaros de tales abusos y recobrar las costumbres de vuestros padres, vuestros antiguos hábitos, despojándoos de los nuevos, me entregaré á todos los suplicios si en pocos días no he derrotado y puesto en fuga á esos devastadores de nuestros campos y trasladar de vuestras puertas y de nuestros muros á sus ciudades el terror que ahora os domina.»

Pocas veces había recibido el pueblo la arenga de un tribuno con tanto favor como aquel discurso de un cónsul severísimo. La misma juventud, que en medio de aquellas alarmas se había acostumbrado á emplear la negativa de servir como el arma más temible á los patricios, solamente respiraba guerra y combates. La retirada de los campesinos, despojados y heridos y cuyos relatos eran más lastimosos aún que su aspecto, excitó indignación en la ciudad. Reunido el Senado, todas las miradas se dirigieron á Quincio, como único vengador de la dignidad romana. Los senadores más distingui-

dos aseguraban «que su arenga correspondía á la majestad consular, era digna de todos sus consulados anteriores, conforme con una vida llena de los honores que frecuentemente había conseguido y que con más frecuencia aún había merecido. Los otros cónsules hacían traición á la dignidad del Senado para adular al pueblo, ó con su rigidez para sostener los derechos de los patricios, agriaban la multitud para domarla.» El discurso de Quincio, conservador de la majestad del Senado, de la buena armonía entre los dos órdenes, era sobre todo adecuado á las circunstancias. Rogáronle, lo mismo que á su colega, que velase por la república: rogaron también á los tribunos que uniesen sus esfuerzos á los de los cónsules, para rechazar la guerra lejos de la ciudad y de sus murallas y para mantener en circunstancias tan críticas la obediencia del pueblo á las órdenes del Senado. Este era el llamamiento de la patria común implorando socorro para sus campos devastados, para Roma casi sitiada. Por unánime acuerdo se ordena y realiza el alistamiento. Los cónsules habían declarado en la asamblea del pueblo «que no habiendo tiempo para examinar las causas de excepción (1), todos los jóvenes debían presentarse á la mañana siguiente en el Campo de Marte. Terminada la guerra se examinarían las razones de aquellos que no hubiesen dado sus nombres y se consideraría como desertor á aquel cuyos motivos no se reconocieran justos. Al siguiente día se presentó toda la juventud. Cada cohorte eligió sus centuriones y tuvo dos senadores á su frente. Dicese que todas las operaciones se realizaron con tanta rapidez, que las enseñas que los cuestores sacaron aquel mismo día del tesoro (2) y llevaron al Campo de Marte, se al-

(1) Aquellos cuyas razones eran válidas se llamaban *causarii*.

(2) Cuando terminaba una guerra y se habían licenciado las legiones, las enseñas, es decir, las águilas hechas de algún

zaron en la hora cuarta (1). Aquel ejército nuevo, acompañado por algunas cohortes de veteranos voluntarios, no se detuvo hasta la décima piedra militar. Al día siguiente se encontraron al frente del enemigo y establecieron un campamento cerca del suyo, en los alrededores de Corbión. Al tercer día, el enojo en los romanos, y en el enemigo el recuerdo de sus numerosas revueltas, los remordimientos y la desesperación no permitieron demorar el combate.

En el ejército romano los dos cónsules gozaban de igual autoridad; pero adoptando el partido más prudente para el éxito de empresa tan importante, Agripa había entregado el mando supremo á su colega, quien mostraba su agradecimiento por aquella abnegación con la deferencia con que trataba á Agripa: tomaba su parecer, le hacía partícipe de su gloria y procuraba elevar hasta él un hombre que no le era igual. En la batalla mandaba Quincio el ala derecha, Agripa la izquierda. Sp. Postumio Albo recibió, en calidad de legado, el mando del centro; y Ser. Sulpicio, con el mismo título, el de la caballería. La infantería del ala derecha luchó con ardor, resistiendo bien los volscos. Ser. Sulpicio penetró con la caballería por el centro enemigo, y aunque hubiese podido reunirse con los suyos por el mismo camino antes de que se rehiciesen las desordenadas filas, prefirió atacarles por la espalda. Un momento le bastó, por medio de un ataque á la retaguardia, para disipar á un enemigo alarmado por aquel doble ataque;

metal precioso, quedaban depositadas en el tesoro público, de donde los sacaban cuando iba á comenzar otra guerra.

(1) Entre los romanos el día era de doce horas como la noche, y se extendía desde las seis de la mañana, siguiendo nuestra manera de contar, hasta las seis de la tarde. La hora cuarta equivale por tanto para nosotros á las diez de la mañana.

pero la caballería de los volseos y de los equos le detuvo algún tiempo, oponiéndole la misma maniobra. Entonces gritó Ser. Sulpicio: «No puede vacilarse. Los romanos serán cortados y envueltos si no se esfuerzan en vencer en aquel combate de caballería. No basta ahuyentar los jinetes, si conservan sus medios de ataque; es necesario exterminar al caballo y al caballero para que ninguno vuelva á la carga y pueda empezar de nuevo el combate. No se resistirá á hombres ante quienes han cedido las apretadas filas de la infantería.» No fueron sordos los soldados á estas palabras. En un solo ataque ponen en derrota á toda la caballería, desmontan á la mayor parte y clavan con sus lanzas hombres y caballos. Desde aquel momento no tuvieron ya que sostener combate de caballería y atacan en seguida las filas de la infantería, enterando de su triunfo á los cónsules, cuando las líneas enemigas comienzan á ceder. Esta noticia redobla el ardor de los romanos victoriosos y abate el de los equos, que retroceden. La victoria comienza por el centro, cuyas filas había roto el paso de la caballería. Quincio derrotó en seguida el ala izquierda, costando más trabajo la de la derecha. Allí Agripa, animado por la juventud, y la fuerza, viendo que en los otros puntos la victoria era más rápida que en el suyo, arranca las enseñas de manos de los signíferos, se adelanta y hasta arroja algunas entre las filas más apretadas del enemigo. Temen los soldados la vergüenza de perderlas y se precipitan para reconquistarlas. La victoria es al fin igual en todas partes. Un mensajero llega entonces á anunciarle de parte de Quincio que es vencedor y amenaza al campamento enemigo, pero que no quiere atacar hasta saber si ha terminado el combate en el ala izquierda. Si el enemigo está derrotado, que su colega acuda á reunirse con él para que todo el ejército tenga parte igual en el botín. Los dos cónsules vic-

toriosos se saludan con recíprocas felicitaciones delante del campamento enemigo.

«El corto número de sus defensores fué ahuyentado en un instante y asaltadas las empalizadas sin resistencia. Los cónsules llevaron á Roma el ejército cargado de inmenso botín y trayendo además los objetos perdidos en el pillaje de la campiña. En ninguna parte encuentro que los cónsules pidiesen el triunfo ni que el Senado lo decretase: tampoco se dice la causa que les hiciese despreciar este honor ó desesperar de conseguirlo. Por mi parte, si puede conjeturarse en hechos tan lejanos de nosotros, diré que los cónsules Valerio y Horacio habían conseguido la gloria de vencer á los volseos y los equos, y de terminar la guerra de los sabinos, y sin embargo, el Senado les negó el triunfo, y éstos se avergonzarían de pedirlo por triunfos mucho menos importantes; temiendo si se los otorgaban, que se considerase este honor más bien como favor personal que como recompensa de sus servicios.

Un juicio del pueblo romano acerca de los límites de sus aliados obscureció esta gloriosa victoria conseguida sobre el enemigo. Los habitantes de Aricia y Ardea discutían acerca de algunos terrenos, origen para ellos de numerosas guerras. Cansados por las frecuentes y mutuas pérdidas, eligieron por árbitros á los romanos, viniendo á defender su causa delante del pueblo reunido por los magistrados y sosteniendo con ardor los debates. Habíase escuchado á los testigos, iba á llamarse á los tribunos para que recogiesen los votos, cuando se levantó P. Scapcio, plebeyo muy anciano, y dijo: «Cónsules, si puedo hablar en interés de la república, hay en este asunto un error que no dejaré cometer al pueblo.» Habiéndose negado los cónsules á oírlo, á causa de su poca importancia, exclama que se hace traición á los intereses públicos; y como se pretendía

alejarle, se dirige á los tribunos. Instrumentos de la multitud, como siempre, en vez de ser sus dueños, ceden al deseo popular, que quiere oír á Scapcio y conceden á éste la facultad de decir lo que quisiese. Entonces declara «que tiene ochenta y tres años de edad y que ha hecho la guerra sobre el terreno en litigio; no ocurrió esto en su juventud, sino cuando hacía su vigésima campaña; en la guerra de Coriolis. Que había conservado el recuerdo de un acontecimiento borrado por el tiempo, pero grabado en su memoria. Ahora bien: el territorio en cuestión formaba parte del de Coriolis. Al tomar la ciudad, cayó en poder del pueblo romano; y le sorprendía que los ardeatos y aricianos, que jamás mostraron pretensiones acerca de aquel territorio mientras vivió Coriolano, esperasen arrebatarlo al pueblo romano, su legítimo propietario, eligiéndole por árbitro. Que le queda muy poco tiempo de vida; pero no puede prescindir, á pesar de su edad, de alzar la voz, único medio que le queda para reclamar en favor de la república un territorio que él ha contribuido con sus brazos á conquistar. Y exhorta encarecidamente al pueblo para que por mal entendido pudor, no perjudique su propia causa.»

Viendo los cónsules que escuchaban á Scapcio no solamente en silencio sino con agrado, toman por testigos á los dioses y á los hombres de que es acción indigna aquella, reuniéndoseles los patricios principales, con los que se presentan á cada tribu, rogando que no diesen detestable ejemplo del crimen más odioso, el de jueces que se apoderan del objeto en litigio, especialmente en aquella ocasión en que, si alguna vez se permitía al juez cobrar por sí mismo su trabajo, las ventajas que recibirían por aquella adquisición no recompensarían el perjuicio que les causaría la injusticia, enajenándoles el afecto de sus aliados. La pérdida de la

estimación y de la confianza es más grande de lo que puede apreciarse. Este será el juicio que los legados llevarán á su país; esto será lo que publicarán, lo que dirán los aliados, lo que aprenderán los enemigos: ¡con cuánto dolor unos, con cuánta alegría otros! ¡Crean, acaso, que atribuirán sus vecinos el juicio á Scapcio, el anciano de la arenga? Scapcio obtendrá sin duda alguna celebridad; pero el puebloromano recibirá el nombre de *quadruplicator* (1) y estafador judicial. ¿Qué juez, en asunto privado, se había adjudicado jamás el objeto del litigio? El mismo Scapcio, insensible ya á todo pudor, no lo haría.» Los cónsules y los patricios no cesaban de repetir esto; pero la codicia y Scapcio, que la había despertado, pesaron más que sus palabras. Llamadas á votar las tribus, adjudicaron aquellas tierras al dominio público romano. Sin duda hubiese sido igual el resultado á presentarse delante de otros jueces, pero la bondad de la causa no puede cubrir la iniquidad de aquella sentencia, que los aricianos y ardeatos no vieron con más indignación y amargura que los patricios de Roma. El resto del año pasó tranquilamente sin turbulencias interiores ni guerras en el exterior.

(1) *Quadruplicatoris*. Llamábase cuadruplicadores á los denunciadores de delitos contra el Estado, bien porque recibían como salario la cuarta parte de los bienes de los condenados por sus denuncias, bien porque era cuádruple la multa que se imponía al culpable convicto.